

La lluvia golpeaba con insistencia contra los cristales de la ventana. Aiko se había acostumbrado al sonido metálico de las gotas resbalando por la barandilla, pero esa tarde la escuchaba como un recordatorio de todo lo que le faltaba: calma, dirección, confianza. La habitación estaba en penumbras, iluminada apenas por la luz fría de la pantalla de su tableta. En el escritorio, hojas arrugadas se amontonaban como fantasmas de proyectos abortados. Llevaba tres noches consecutivas intentando esbozar las primeras páginas de su propio manga, pero una y otra vez acababa borrando todo.

El cursor parpadeaba en blanco, burlón, mientras su tableta gráfica descansaba a un lado. Aiko se llevó las manos al rostro y suspiró. El día había sido largo: un turno interminable en la agencia de diseño donde hacía ilustraciones publicitarias que detestaba, y después, el metro abarrotado, el cansancio, la voz insistente en su cabeza: *no eres lo bastante buena, nunca lo serás*.

Levantó la taza de café, buscando un último sorbo de energía. El líquido estaba frío y amargo, pero aun así lo llevó a los labios. Fue en ese gesto distraído, en el movimiento torpe de su codo contra el cable del ratón, cuando todo ocurrió.

La taza se volcó con un golpe seco.

Un hilo oscuro descendió en cámara lenta, justo hacia la tableta gráfica.

—¡No! —gritó Aiko, apartando papeles a toda prisa.

Demasiado tarde. El café se filtró entre los bordes, se extendió como una mancha voraz. Intentó secarla con servilletas, la manga de su sudadera, incluso un secador. Nada. La pantalla dejó escapar un chisporroteo breve y se apagó para siempre.

Se quedó sentada, con el corazón encogido.

Esa tableta había sido su única aliada durante años, un regalo de cumpleaños de su madre cuando aún estaba en secundaria. La había acompañado en madrugadas enteras de práctica, en los pocos encargos freelance que había conseguido, en cada intento fallido de crear algo propio. Ahora estaba muerta, y con ella, Aiko sentía que moría también un pedazo de su determinación.

—Genial —murmuró, apretando los dientes—. Justo lo que me faltaba.

Pasó el resto de la noche navegando por páginas de venta online. Las tabletas nuevas costaban más de lo que podía pagar con su sueldo miserable. Hizo cálculos rápidos en una libreta: alquiler, comida, transporte. No había manera. Cerró el portátil con rabia y se hundió en la cama, deseando que la mañana trajera alguna respuesta.

Al día siguiente, de camino al trabajo, sus pasos la llevaron por una callejuela estrecha. Entre un restaurante de ramen y una tienda de antigüedades, descubrió un local pequeño con un letrero descolorido: “Electrónica de segunda mano”. El escaparate mostraba cámaras

polvorientas, radios antiguas y un par de consolas olvidadas.

Algo en ese caos de objetos la atrajo. Empujó la puerta, y una campanilla oxidada anunció su entrada.

El interior olía a madera vieja y cables quemados. Tras el mostrador, un anciano de ojos pequeños y vivaces la observó con una sonrisa.

—¿Buscas algo en especial? —preguntó con voz rasposa.

—Una tableta gráfica —respondió ella, dudando—. La mía... dejó de funcionar.

El hombre se acarició la barbilla y se perdió un momento entre estantes y cajas. Volvió con un paquete rectangular envuelto en plástico transparente.

—No es nueva, pero aún funciona —dijo, apoyándola sobre el mostrador.

Aiko retiró el envoltorio y contempló la tableta. El diseño era más antiguo que el modelo que había tenido, pero parecía robusta. Lo que más le llamó la atención fue el reverso: en la carcasa negra, alguien había grabado a mano la figura de un samurái, con armadura detallada y katana en alto. Los trazos eran tan finos que parecía que la imagen hubiera sido dibujada con tinta.

—Curioso grabado —murmuró Aiko, pasando los dedos sobre el relieve.

—Dicen que perteneció a un artista muy especial —comentó el anciano, en tono entre serio y burlón—. Algunos aseguran que aún conserva parte de su espíritu.

Aiko frunció el ceño.

—¿Está intentando venderme una leyenda urbana?

El hombre encogió los hombros.

—Las herramientas heredan algo de quienes las usan. Si tienes suerte, quizá te contagie un poco de su disciplina.

El precio, sorprendentemente bajo, terminó de convencerla. Aunque desconfiaba del aspecto del aparato, no tenía otra opción. Pagó y salió del local con la tableta bajo el brazo.

Esa noche, después del trabajo, Aiko conectó la tableta al ordenador. Funcionó a la primera.

El lápiz electrónico era ligero, más sensible de lo que esperaba.

Abrió un lienzo en blanco y trazó una línea. El trazo apareció en pantalla con fluidez, casi con naturalidad propia. Aiko parpadeó, sorprendida. Era como si la tableta intuyera sus movimientos.

Poco a poco, se dejó llevar. Bocetó un bosque de bambú, con tallos altos que se alzaban hacia el cielo. Entre las sombras dibujó un camino, y en el centro, casi sin pensar, empezó a perfilar la silueta de un guerrero.

Al levantar la mano, algo en la pantalla le erizó la piel. El samurái no era un estático. Sus ojos, negros como tinta fresca, parecían mirarla desde el lienzo.

Aiko se inclinó hacia la pantalla, el corazón latiendo con fuerza. La figura permaneció quieta, firme, pero en su inmovilidad había algo demasiado real. Como si no fuera ella quien lo había creado, sino alguien que la observaba desde el otro lado.

Aiko se quedó varios minutos frente a la pantalla, conteniendo la respiración. El bosque de bambú permanecía inmóvil, pero en el centro, la figura del samurái se erguía con una dignidad inquietante. Su armadura reflejando destellos como metal real.

—Imposible... —susurró, frotándose los ojos.

Apagó el monitor, se levantó a beber agua y regresó. Al encender de nuevo, el bosque seguía allí. El samurái también. Exactamente en la misma posición, aunque juraría que el ángulo de su rostro había cambiado ligeramente, como si la siguiera con la mirada.

El estómago se le encogió.

Debe de ser el cansancio, o un error de la tableta.

Decidió cerrar el programa y reiniciar el ordenador. Al abrir un lienzo en blanco y trazar líneas aleatorias, la figura no aparecía. Con un suspiro de alivio, volvió a la cama. Esa noche, sin embargo, no logró conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en los ojos del guerrero mirándola desde dentro de la pantalla.

— — —

Al día siguiente, tras el trabajo, encendió de nuevo el ordenador. Había jurado no obsesionarse, pero sus manos se movieron solas: bosquejó de nuevo el bambú, las sombras, el camino. Y ahí estaba. El samurái, de pie, con la misma solemnidad, la katana descansando en su cintura.

Aiko mordió su labio inferior. Esta vez, en lugar de cerrar la aplicación, tomó aire y escribió con el lápiz, al pie de la escena:

“¿Quién eres?”

Un silencio pesado se extendió en el cuarto. El dibujo permaneció inmóvil. Aiko estuvo a punto de reír de lo absurdo que era hablar con un archivo digital. Pero entonces, algo cambió. En la pantalla, sobre la arena del camino, aparecieron trazos nuevos: una línea curva, otra recta, hasta que se formaron caracteres antiguos.

Aiko sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El samurái había respondido.

“Takeshi.”

Dejó caer el lápiz, atónita. Se frotó las sienes, pero las letras seguían allí. Se obligó a escribir otra pregunta:

“¿Eres real?”

Esta vez no hubo respuesta inmediata. El samurái alzó ligeramente la cabeza, como si no entendiera la pregunta. Después, sobre el suelo de bambú apareció una palabras más:

“Atrapado...”

Aiko retrocedió en la silla. El corazón le golpeaba en las costillas. No sabía si estaba ante una alucinación, un truco tecnológico o algo imposible de explicar. Pero había algo en la mirada de esa figura, algo firme y humano, que le impedía apartarse.

...

Durante las noches siguientes, Aiko regresó una y otra vez al lienzo.

Takeshi respondía con gestos o con palabras escritas en el suelo. De él supo fragmentos: que había sido un samurái en tiempos antiguos, que había luchado contra un Oni que devoraba aldeas, que había quedado atrapado en una estampa maldita como castigo o prisión. No recordaba exactamente cómo, ni por qué. Solo que llevaba siglos esperando.

Aiko escuchaba con atención, como si cada palabra fuera una chispa que encendía su imaginación. Lo dibujaba en distintas posturas, y cada vez el personaje parecía cobrar más vida: entrenando con su katana, meditando bajo un árbol, caminando a través de la niebla. No eran bocetos inertes, sino escenas que ella podía observar como si fueran ventanas a otro mundo.

Empezó a sentir que Takeshi la miraba de verdad. A veces, al inclinarse sobre el monitor, creía distinguir un destello en sus pupilas, un leve movimiento en sus labios, una respiración oculta bajo la armadura. Era imposible, y sin embargo, la convicción crecía en ella: *está vivo dentro del dibujo*.

Un viernes por la noche, tras una semana agotadora, Aiko encendió la tableta y dejó que su frustración guiara los trazos. En lugar de un bosque, surgieron formas oscuras, manchas de tinta que se extendían como nubes envenenadas. Sin pensarlo, dibujó garras, fauces, ojos rojos brillando en la sombra.

Cuando se detuvo, horrorizada por la violencia de su propio dibujo, vio cómo las formas se agitaban en la pantalla. Las criaturas parecían desprenderse de la línea digital, arrastrándose por la pantalla hasta llegar al boceto donde estaba Takeshi. Él desenvainó la katana. La hoja brilló con un destello metálico y se lanzó contra las sombras. Aiko observó, con el corazón en un puño, cómo el samurái cortaba de un tajo las figuras deformes. Pero por cada monstruo que caía, otro surgía del negro derramado.

—¡Basta! —gritó Aiko, apretando el lápiz entre los dedos.

De un trazo rápido, tachó el área del lienzo donde había dibujado las criaturas. El bosque recuperó la calma, aunque el eco de los rugidos seguía resonando en su memoria. Takeshi envainó la espada y la miró. No escribió nada, pero en su postura había un reproche silencioso.

Aiko comprendió de inmediato.
Yo fui la que invocó esas sombras.

Aiko cerró el programa de golpe, el corazón desbocado. Se apartó del escritorio y permaneció un buen rato sentada en la oscuridad, con las manos temblando. No podía negar lo que había visto: las sombras habían nacido de sus trazos, de su rabia y cansancio. *No eran simples dibujos, eran mis emociones hechas carne.*

Al día siguiente, evitó encender el ordenador. Se dedicó a limpiar el apartamento, a ordenar los papeles esparcidos, a cocinar algo sencillo. Pero en cada rincón al que miraba, veía la figura del samurái erguido entre bambúes.

Cuando por fin encendió la tableta de nuevo, el bosque estaba intacto. Takeshi seguía allí, en pie, esperando. No había rabia en su mirada, solo calma.

Aiko escribió en un rincón del lienzo:

“Perdón.”

El samurái inclinó ligeramente la cabeza, aceptando.
Después, con el extremo invisible de su pincel, trazó un kanji en el suelo del camino. Aiko buscó el significado en su móvil: **“Disciplina.”**

Suspiró.
—Lo sé... me falta eso.

Decidió entonces intentarlo de otra manera. En lugar de improvisar con sus emociones, dibujó con cuidado, con paciencia. Comenzó por el cielo, un azul limpio; después, un jardín de ciruelos en flor; luego, un pequeño río donde se reflejaban los pétalos. Takeshi avanzó por aquel escenario como si respirara un aire nuevo. Se sentó bajo un árbol y cerró los ojos.

Por primera vez, Aiko sintió que lo había liberado un poco, aunque fuera dentro del boceto.

~ ~ ~

En las semanas siguientes, aquella rutina se convirtió en su refugio. Cada noche, al llegar del trabajo, encendía la tableta y creaba un nuevo escenario para Takeshi. A veces un valle tranquilo, otras un templo de madera, otras una llanura cubierta de nieve. Él exploraba cada rincón en silencio, siempre con la espada a su lado.

Aiko empezó a hablarle mientras dibujaba. No esperaba respuestas completas, pero le servía para desahogarse: le contaba lo mal que la trataban en la agencia, lo difícil que era soportar a un jefe que nunca valoraba su esfuerzo, la frustración de no poder mostrar sus ideas. Takeshi, desde el lienzo, no interrumpía. Su sola presencia bastaba para que Aiko sintiera que alguien la escuchaba.

A veces él respondía con gestos mínimos: una inclinación de cabeza, un movimiento de la mano, un carácter escrito en la arena. Una noche, cuando ella se lamentaba de sentirse inútil, él escribió: **“Fuerza.”** Otra noche, cuando lloraba frente al teclado, él dibujó una flor que brotaba en medio del camino.

Aiko sonrió entre lágrimas.
—Gracias, Takeshi...

Pero no siempre era tan sencillo.

Las sombras regresaban en los días de cansancio. Bastaba un trazo torpe, una duda, para que manchas oscuras se filtraran entre los árboles del bosque. Takeshi luchaba contra ellas sin dudar, pero Aiko comprendió que él no podía hacerlo solo.

Un sábado, decidió enfrentarse al problema de frente. Encendió la tableta, respiró hondo y escribió en grande sobre el lienzo:

“¿Por qué aparecen?”

El samurái permaneció en silencio un momento. Luego, en el suelo de bambú, dibujó tres caracteres, **“Miedo. Ira. Duda.”**

Las palabras le dolieron. Eran suyas, no de él. Sus demonios, sus inseguridades, eran las que abrían las grietas por donde los Oni se infiltraban.

Aiko apoyó la frente contra la mesa. No podía seguir escondiéndose de sí misma.
—Entonces... —susurró—, no puedo darte paz mientras yo siga en guerra.

Alzó el lápiz y, por primera vez en mucho tiempo, dibujó sin miedo a equivocarse. Trazos imperfectos, líneas torcidas, manchas improvisadas. Creó un cielo lleno de colores caóticos, una pradera con flores desiguales, un río que se curvaba de manera antinatural. Y aun así, el paisaje respiraba vida.

Takeshi se colocó en medio de aquella escena y, por primera vez, sonrió apenas, un gesto leve que apenas levantaba las comisuras de sus labios. Pero suficiente.

Aiko comprendió el mensaje: Lo que contaba era el alma que ponía en cada trazo.

Esa noche soñó con él. No era una imagen estática, ni un recuerdo de la pantalla: lo vio caminar hacia ella en un campo abierto, la espada en la mano, el viento moviendo su armadura. No dijo una sola palabra, pero extendió la katana y la colocó en sus manos. Aiko la sostuvo con cuidado, y sintió que pesaba lo mismo que el lápiz con el que dibujaba cada día.

Durante los días siguientes, Aiko comenzó a tener la sensación de que algo se movía más allá de los dibujos. No era solo la figura del samurái. Empezó a escuchar ruidos extraños mientras dibujaba: crujidos como de ramas quebrándose, un eco lejano de tambores, un rugido apagado que parecía venir de muy profundo.

Intentó ignorarlos, pero el miedo era cada vez más difícil de esconder. Y como si lo adivinara, el Oni aprovechaba cualquier grieta de duda para colarse. No aparecía ya solo en forma de manchas; a veces, al encender el monitor, Aiko distinguía su silueta difusa entre los árboles: una criatura descomunal, de piel oscura, con cuernos que se retorcían como ramas secas.

El corazón de Aiko latía desbocado.

“Takeshi... ¿Está intentando salir?”

El samurái se mantuvo firme, observando la neblina en el horizonte del lienzo. Luego dibujó un único carácter en la tierra: **“Sí.”**

Aiko retrocedió de la silla. Si aquella cosa conseguía atravesar la frontera del dibujo... ni siquiera quería imaginarlo.

“¿Puedes vencerlo?”

Takeshi levantó su katana y la sostuvo frente a él, en un gesto solemne. Después, giró la espada hasta apuntar directamente hacia ella, hacia el otro lado de la pantalla.

Aiko comprendió: no podía quedarse como espectadora. Tenía que luchar con él.

La idea era absurda. Ella no sabía empuñar un arma, ni mucho menos enfrentar monstruos digitales. Y sin embargo, en su interior se encendía una llama desconocida. Recordó el sueño en el que Takeshi le entregaba la espada. Recordó cómo sus dibujos podían dar vida a paisajes, a demonios... y quizá también a esperanzas.

Decidió probar.

Con trazo firme, dibujó en el lienzo una segunda espada. La diseñó ligera, más pequeña que la de Takeshi, con una empuñadura envuelta en telas que imitaban las de un pincel. Cuando terminó, la figura apareció junto a los pies del samurái.

Él la tomó, evaluó el peso, y asintió con un leve gesto. Luego clavó la espada en el suelo y, en la tierra del camino, escribió: **“Tuya.”**

Aiko parpadeó, incrédula.

—¿Mía? Pero... yo no puedo entrar ahí.

Esa noche, el sueño regresó. Se encontró en el bosque de bambú, la luz filtrándose entre los tallos. Frente a ella, la espada que había dibujado descansaba en la hierba. Al tomarla, el metal brilló con la misma intensidad que la tinta recién trazada. Takeshi estaba allí, mirándola con seriedad.

—No tengo tu fuerza... —balbuceó Aiko.

Él negó suavemente con la cabeza y pronunció, en voz baja, la primera palabra que ella le escuchaba decir fuera del lienzo:

—Coraje.

El eco de esa sílaba le atravesó como una promesa.

— — —

Los días siguientes, Aiko comenzó a practicar. Cada noche, antes de dormir, dibujaba pequeños ejercicios: un campo de entrenamiento, muñecos de paja, caminos donde ella y Takeshi se movían. En sueños, repetía los mismos gestos, torpes al inicio, un poco más seguros después.

No era un entrenamiento real en el sentido físico, pero su mente se fortalecía. Y cada vez que despertaba, algo había cambiado en su vida diaria: caminaba más erguida, respondía con firmeza en la agencia, empezaba a mostrar sus ideas sin miedo al rechazo.

Sin embargo, cuanto más se fortalecía ella, más agresivo se volvía el Oni. Ya no se escondía en sombras dispersas: emergía con zarpas enormes, rugiendo entre los árboles, poniendo a prueba los límites del lienzo. Takeshi luchaba incansable, pero incluso él parecía retroceder ante la magnitud de aquel poder.

Una noche, cuando Aiko dibujó el bosque, encontró al samurái arrodillado, herido. Su armadura estaba astillada, y en la tierra había manchas oscuras como de tinta derramada. El Oni se alzaba en la distancia, cada vez más nítido.

El miedo le heló la sangre.

—¡No! —gritó, apoyando la mano en la pantalla como si pudiera alcanzarlo.

El samurái levantó la mirada y escribió con dificultad:

“Última batalla.”

Aiko tragó saliva. No podía permitir que todo terminara así. Respiró hondo y tomó el lápiz digital con decisión.

No iba a borrar al Oni ni a intentar escapar. En cambio, dibujó a Takeshi con nuevos detalles: reforzó su armadura, añadió una cinta roja que le cruzaba el pecho, un talismán colgado en la empuñadura de su espada. Mientras los trazos se completaban, la figura en la pantalla pareció reaccionar. Takeshi se levantó, el brillo de su armadura más intenso, la cinta ondeando con un viento invisible.

Aiko sintió una corriente eléctrica recorrerle los brazos.

Por primera vez, el dibujo le respondía al instante, como si entre su lápiz y aquel mundo existiera una conexión viva.

—Vamos, Takeshi... —susurró.

El Oni rugió, y su voz atravesó el silencio del apartamento como un trueno distante. Takeshi corrió hacia él, desenvainando la katana. El choque fue brutal: sombras contra luz, tinta contra acero. Cada golpe que el samurái lanzaba, Aiko lo acompañaba con un trazo firme, reforzando el movimiento, alargando la estela de su katana con líneas de energía dorada.

Y aunque sus manos temblaban, seguía dibujando sin descanso.

La habitación entera parecía latir con el ritmo de aquella lucha. Las luces del monitor parpadeaban, las sombras se movían en las paredes. Aiko no sabía si estaba presenciando algo real o si la locura la había alcanzado. Pero no le importaba.

En un momento, Takeshi cayó de rodillas, y el Oni lo rodeó. La criatura rugía, alimentándose de la oscuridad misma. Aiko, desesperada, intentó dibujar un arma nueva, un hechizo, cualquier cosa. Pero el lienzo comenzó a resistirse, como si algo dentro del programa se corrompiera. La pantalla se distorsionó, las líneas se mezclaron en un caos de colores.

—¡No! ¡Aguanta! —gritó ella.

El samurái levantó la vista. En sus ojos había calma.

El Oni lanzó un rugido final, y entonces Aiko comprendió lo que debía hacer. No podía luchar con fuerza. Pero sí con intención.

Tomó el lápiz y, sobre todo el lienzo, escribió con trazos grandes, torpes pero firmes:

“Luz.”

El programa pareció congelarse un instante. Luego, el kanji brilló con una intensidad cegadora, extendiéndose por todo el bosque. El Oni gritó, su cuerpo disolviéndose como tinta diluida en agua. Takeshi levantó su espada y, con un último tajo, lo desintegró en un torbellino de polvo oscuro.

El lienzo se quedó en silencio. Solo el sonido del viento entre los bambúes.

Aiko dejó caer el lápiz. Tenía los ojos húmedos, las manos entumecidas. Durante un largo minuto no se movió, temiendo que al parpadear todo desapareciera. Pero Takeshi seguía allí, en pie, bajo la luz de la luna que ella misma había dibujado.

Escribió con un hilo de energía:

“¿Terminó?”

El samurái miró alrededor, luego escribió en el suelo una sola palabra: **“Paz.”**

Aiko sonrió débilmente.

—Me lo tomaré como un sí.

Takeshi se puso de rodillas, desenvainó su espada una última vez clavandola en la tierra e hizo una reverencia hasta tocar su pelo con la arena. Luego escribió: **“Mi deber... cumplido.”**

La imagen se fue difuminando poco a poco, como si el viento se llevara las líneas. Cuando la figura desapareció, Aiko se quedó mirando el espacio vacío del lienzo, donde solo quedaba la espada, entendió ahí, que su aventura con Takeshi había llegado a su final.

Al día siguiente, al encender la tableta, el archivo se había corrompido. El sistema mostraba un error: *“No se puede abrir. Archivo dañado.”*

Aiko no intentó repararlo.

Guardó la tableta en un cajón y salió a la calle. Hacía sol. En la brisa, juraría haber oído un leve sonido metálico, como el roce de una katana envainándose.

〰〰〰

Habían pasado varias semanas desde aquella noche.

Aiko apenas hablaba de ello —ni con sus compañeros de trabajo, ni con los pocos amigos que conservaba—. No sabría cómo explicarlo: ¿que había entablado amistad con un samurái atrapado en su tableta? ¿Que habían combatido juntos contra un monstruo hecho de miedo y rabia?

Nadie lo creería. Tal vez ni ella misma lo habría hecho, de no ser por los pequeños detalles que quedaban como huellas.

El más evidente: desde entonces, ningún dibujo suyo volvía a ser el mismo.

Sus líneas tenían una energía distinta.

Antes eran limpias, técnicas, cuidadas... pero frías. Ahora, incluso los trazos imperfectos parecían respirar. Los personajes tenían alma. Los paisajes parecían moverse cuando uno los observaba mucho tiempo.

Los clientes empezaron a notarlo. Su jefe, aquel hombre que nunca la había felicitado, se acercó un día a su mesa, miró su última ilustración —una escena de un guerrero mirando el amanecer— y murmuró:

—Hay algo... diferente en tu trazo, Aiko. Como si el dibujo mirara de vuelta.

Ella sonrió apenas.

No mencionó a Takeshi. No hacía falta.